

LOURDES



Amigos de Lourdes

AMIGOS DE LOURDES

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN

EN

L O U R D E S

© Amigos de Lourdes

Inscrito en el Registro de la propiedad intelectual

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser concertada.

www.amigosdelourdes.org
adel@amigosdelourdes.org

AMIGOS DE LOURDES

Los Amigos de Lourdes deseamos difundir la devoción a la Virgen, y de forma especial sus apariciones en Lourdes.

Estamos convencidos de que la recristianización de Europa, el amor y la solidaridad entre todos los pueblos, ha de llegar de manos de María.

Y un lugar ideal para encontrarse con Jesús a través de su madre; un lugar ideal para aprender a vivir el Evangelio y confraternizar con personas de los diferentes lugares del mundo es el Santuario de Lourdes. Allí dijo María: ¡Quiero que venga gente!

Lourdes, en el corazón de Europa, tiende sus manos para ayudar y enseñar el bien, la bondad, la belleza a todos los hombres de cualquier raza, país o religión.

En Lourdes, María, la Madre, nos hace sentirnos de verdad, hermanos.

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN EN LOURDES

Las apariciones de la Virgen en Lourdes son un hecho histórico sobrenatural, reconocido y aprobado por la Iglesia.

Tuvieron lugar en Lourdes, pueblecito del sur de Francia, cerca de la frontera española, desde el 11 de febrero hasta el 16 de julio de 1858. Desde entonces Lourdes, esa pequeña ciudad al pie de los Altos Pirineos, tiene algo especial; porque en Lourdes está María, nuestra Madre, repartiendo a manos llenas gracias de curaciones y conversiones; y porque allí es más fácil sentirse cerca de Dios y hermano de los demás hombres.

¿Cómo empezó todo?

Año 1854.

Son las 10 de la mañana. En el Vaticano todo está dispuesto. Pio IX proclama como dogma: *Nos, declaramos que la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original, en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano.*

Año 1858.

Lourdes. 25 de marzo. En la gruta de Massabielle, a las afueras del pueblo, una niña, rodeada de varios cientos de personas, recibe la visita de la Inmaculada Concepción, que con su presencia y sus palabras parece querer confirmar la definición dogmática del Papa. Esa niña se llamaba Bernadette Soubirous y su vida reproduce muy bien estas palabras del Evangelio: *"Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla"*. (Mt.11, 25)

LA INFANCIA DE BERNADETTE

Bernadette Soubirous nació en Lourdes, Francia, el 7 de enero de 1844. Sus padres eran Francisco Soubirous y Luisa Casterot, que se habían casado un año antes y tenían un molino de trigo. Pero, a comienzos de 1857, su situación económica era deplorable: habían perdido el molino, y con él su vivienda y su medio de vida. ¿Dónde encontrar un techo? Un pariente los alojó en el "calabozo", la pieza más inhabitable de la antigua prisión, abandonada en 1824 por su insalubridad.

En la sombría pieza de 3,72 x 4,40 m. encajan como pueden las dos camas (harían falta tres para seis personas, pues por esas fechas Bernadette tiene ya una hermana y dos hermanos, que duermen en el suelo sobre un montón de paja), la mesa, dos sillas, y poco más. Es todo lo que les queda. Están en la más absoluta miseria.

En febrero de 1858, Bernadette, de 13 años recién cumplidos, será una jovencita de muy escasa

estatura y con asma crónica. Cuida las ovejas de su nodriza en Bartrès, pueblo cercano a Loudes, por lo que no puede frecuentar mucho la escuela, y aún no ha podido hacer la primera comunión.

LAS PRIMERAS APARICIONES

Jueves, 11 de febrero de 1858. Son las 11 de la mañana. Francisco Soubirous está echado en la cama. Es un día en que no hay trabajo y economiza fuerzas.

—¡Dios mío, no hay leña! —exclama Bernadette.

Irán a buscarla su hermana María con una amiga, Juana Abadie, la hija del cantero. Bernadette también quiere ir.

—¡Bernadette no va! —dice su madre.

Fuera hay niebla y una fina llovizna. Luisa tiene miedo del frío por el asma que padece su hija Bernadette. Pero ésta insiste, y al fin obtiene el permiso, entre mil recomendaciones.

Las tres niñas se dirigen alegremente hacia el bosque; cruzan el río Gave por el puente viejo y pronto llegan al paraje conocido como la isla de Chalet. Allí, algo sombría por estar orientada al norte, se levanta la enorme gruta de Massabielle, que está bañada por las aguas de un pequeño canal, el Lapaca. Al otro lado, entre las rocas, hay leña y huesos. Juana pasa el canal. María la sigue, pero Bernadette no se atreve por el asma y las recomendaciones maternas.

—¡Ayudadme a echar piedras al agua para poder pasar!

—¡Pasa como nosotras! —le grita Juana.

“Entonces —escribe ella— comencé a descalzarme. Apenas me había quitado la primera media, escuché un ruido, como si fuera una ráfaga de viento”. Mira hacia atrás, pero los álamos no se mueven. Y empieza a quitarse la otra media. ¡Y otra vez el mismo ruido! Pero esta vez, delante de ella unas ramas se agitan: son las ramas de un rosal silvestre, en la base de un gran agujero, a 3 metros del suelo en el borde derecho de la gruta. Una dulce luz ilumina aquel agujero y en medio una jovencita

maravillosa que sonríe. Va vestida de blanco, con un lazo azul en la cintura. Un velo a modo de mantilla descende ondulante desde su cabeza; y en los pies dos rosas de oro. Luce además un gran rosario en su brazo derecho. Bernadette se frota los ojos varias veces, pero vuelve a ver la misma aparición con la misma sonrisa.

“Entonces —sigue escribiendo ella— me llevé la mano al bolsillo y encontré el rosario. Quería hacer la señal de la cruz... No pude. La Visión hizo la señal de la cruz. Entonces lo intenté yo por segunda vez, y sí pude. Me puse de rodillas y recité el rosario delante de aquella hermosa Niña. Cuando terminé el rosario, me hizo señas para que me acercase. Pero no me atreví. Entonces desapareció de repente”.

No queda más que la roca y la niebla. Feliz, Bernadette cruza el canal para reunirse con sus compañeras.

—¿No habéis visto nada? —les pregunta.

—No. Y tú, ¿qué has visto?

Bernadette cae en la cuenta de lo que acaba de suceder. ¡Tiene que guardárselo para ella! Y desvía la conversación:

—¡Qué bromistas sois! Decíais que estaba el agua fría, pero yo la encuentro templada.

De repente María insiste:

—Dime lo que has visto... ¡Sólo a mí! ¡Te prometo no decírselo a nadie!

Bernadette, refiere en dos palabras la aparición.

Ya en el calabozo, María no puede resistirlo y le cuenta a su madre lo que ha visto Bernadette. La respuesta de Luisa será definitiva:

—No has visto más que una piedra blanca.

Jueves, 18 de febrero. A las 5 de la mañana, dos señoras de Lourdes acompañan a Bernadette. Se trata de averiguar el nombre de la Aparición. Llevan pluma y papel, para que lo escriba ella misma. Apenas empiezan a rezar el rosario:

—Ahí está —murmura Bernadette.

Al terminar el rosario, Bernadette le pide a la Niña:

—¿Querríais tener la bondad de escribir vuestro nombre?

Las mujeres no ven nada y tampoco oyen a Bernadette. Al terminar le dirán:

—Pero, ¿por qué no le has pedido que escribiera su nombre?

Bernadette se sorprende:

—¡Pero, si se lo he pedido, y muy fuerte!

¿Cómo no la han oído? La Niña de la roca la ha oído muy bien, pero sólo ha respondido:

—“*Lo que he de deciros no es necesario escribirlo.*”

Y, a su vez, le ha preguntado en *patois*, el dialecto de Bernadette, que no sabe francés:

—“*¿Quiere tener la amabilidad de venir aquí durante quince días?*”

Es la primera vez que Bernadette escucha su voz delicada y dulce. Y, llena de alegría, se lo promete: irá allí durante quince días. Entonces, la Niña añade: “*Pues, yo le prometo hacerla feliz, pero no en esta vida, sino en la Otra*”.

—¿Y si fuera la santísima Virgen?... dice una de las señoras en el camino de regreso.

LA QUINCENA

El rumor se ha ido extendiendo por el pueblo, y el viernes, 19 de febrero, ya son ocho las personas que se reúnen en la Gruta; el sábado 20, acuden treinta, y el domingo 21, llegan a un centenar. La tarde de ese mismo domingo, Bernadette es conducida a casa del comisario Jacomet para ser interrogada. Es su primer interrogatorio, pero no será el último.

El miércoles 24 de febrero tiene lugar la octava aparición. Ese día se han reunido unas 300 personas. Después del rosario, Bernadette avanza de rodillas uno o dos pasos, y besa la tierra. Es que hoy la Niña ha pronunciado algo nuevo que Bernadette repite: “¡*Penitencia, penitencia, penitencia!*”

Y además le ha pedido con mirada triste:

—“*Ruegue a Dios por los pecadores*”.

Y también:

—“*Bese la tierra en penitencia por los pecadores*”.

JUEVES, 25 DE FEBRERO

El 25 de febrero al llegar la vidente hay ya 350 personas. Bernadette recita el rosario, como de costumbre; después, de cuando en cuando, besa el suelo. De pronto va hasta el fondo de la gruta; araña el suelo, hace un pequeño agujero, saca algo de agua sucia de barro y la bebe; después come unas hierbas que crecen allí al lado.

—¿Qué está haciendo? ¡Está loca! —murmura la gente. Y la decepción crece.

Bernadette explica que *Aqueró* (así es como ella llama a la Niña) le ha dicho:

—“*Vaya a beber a la fuente y a lavarse*”.

—Como no veía ninguna fuente, me he ido al Gave. Pero ella me ha hecho señas de que fuera bajo la roca.

—Pero, ¿por qué te ha pedido eso? ¿Y la hierba que has comido?

—Ella no me lo ha dicho.

—¿Sabes que te tienen por loca al hacer eso?

—¡Por los pecadores!, responde únicamente Bernadette, repitiendo las palabras que le ha dicho la Niña.

Los pecadores, el pecado, ¿es eso tan grave? La mirada y el tono de Bernadette no dejan lugar a dudas.

Por la tarde las gentes regresan a la gruta. Observan el agujero que Bernadette ha excavado. El agua salta con más abundancia y se aclara cada vez más. Un fango que se transforma en agua pura... como los pecadores que se convierten. Se empieza a comprender el mensaje.

EL PRIMER MILAGRO

El primer milagro, al que seguirían muchos más hasta el día de hoy, tuvo lugar el lunes, 1 de marzo. En la gruta hay una multitud cercana a las 1.500 personas ese día.

De madrugada, Catherine Latapie, vecina de una aldea cercana, parte para Lourdes a pie. Está encinta de nueve meses. Toma consigo a sus dos

hijos menores. La gruta está a 7 km de su pueblo. Un impulso instintivo la ha puesto en camino. En octubre de 1856 se había caído de una encina y le habían quedado dos dedos de la mano derecha paralizados. Así no puede hilar, ni hacer nada útil. Es la ruina. Catherine asiste a la aparición de ese día con sus dos pequeñines; después trepa hasta el manantial excavado por Bernadette, mete la mano en él y una gran dulzura la invade. Los dedos encogidos han recobrado repentinamente su agilidad. Regresa a su casa y da a luz un hijo, que con el tiempo será sacerdote.

CAPILLA Y PROCESIÓN

El día 2 de marzo, Bernadette se dirige a casa del párroco de Lourdes, Domingo Peyramale. *Aqueró* le había dicho:

—*“Vaya a decirles a los curas que venga gente en procesión y que se construya aquí una capilla”*.

El cura Peyramale no cree en las apariciones, y ha prohibido a los sacerdotes acercarse a la Gruta.

Pero al día siguiente hay 3.000 personas allí. Por la tarde, la niña vuelve a llamar a la casa parroquial:

—Señor cura, la señora sigue queriendo la capilla.

—¿Le has preguntado su nombre?

—Sí, pero ella no hace más que sonreír.

—¡Se está burlando de ti! —le dice, pero añade— ¡Bien, si quiere la capilla que diga su nombre y haga florecer el rosal de la gruta!

JUEVES, 4 DE MARZO: ÚLTIMO DÍA

Y llega el último día de la quincena. A las 11 de la noche la gente empieza a acudir desde todos los valles. Al amanecer hay una multitud agolpada en las dos orillas del Gave. A las 7 llega Bernadette y se pone a rezar el rosario. La aparición será larga, pero no se dará, como se esperaba, ninguna revelación ni milagro especial. En cuanto puede, Bernadette acude a la casa parroquial. El padre Peyramale la espera.

—¿Qué te ha dicho la señora?

—Le he preguntado su nombre... y ha sonreído. Le he rogado que hiciera florecer el rosal, y ha vuelto a sonreír. Pero sigue queriendo la capilla.

—¿Tienes tú dinero para hacer esa capilla?

—Yo no señor; yo soy muy pobre.

—Pues yo tampoco... Dile a esa señora que si quiere una capilla tendrá que pagarla ella.

—No podré decírselo porque ya no la veré más.

Era el final de la quincena pedida por la Aparición. Sin embargo, veinte días después, cuando parecía que todo había acabado, el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, Bernadette se despierta con una atracción irresistible hacia la gruta. A las 5 de la mañana ya está allí. La Señora la está esperando. Después de rezar con Ella el rosario, se atreve a preguntarle:

—¿Querríais tener la bondad de decirme quién sois, por favor?

La aparición sonríe, pero no responde. Bernadette repite con insistencia su petición una segunda y una tercera vez. La señora sigue sonriendo. A la cuarta vez, ya no se ríe. Sus manos

juntas se separan y se extienden hacia el suelo. Después alzando los ojos al cielo dice en *patois*:

—“*Que soy era Immaculada Councepciou*” (Yo soy la Inmaculada Concepción).

Bernadette, muy contenta, va a decírselo al párroco. Ella no entiende el significado de estas palabras, pero va todo el camino repitiéndolas para que no se le olviden. Para Peyramale será toda una revelación. Desde entonces se convertirá en el más ferviente devoto de la Virgen de Lourdes.

¡La Inmaculada Concepción! La Virgen se había aparecido ciertamente a Bernadette. Estas palabras complicadas, que ella no podía haber inventado, serán decisivas para el párroco. La Virgen tendrá su capilla y Lourdes se convertirá, gracias a la fidelidad de Bernadette, en el más importante Santuario mariano de toda Europa.

LOURDES: LUGAR DE CURACIONES Y CONVERSIONES

María en Lourdes, muestra su compasión y misericordia de forma especial, mucho más que en otros santuarios marianos, con numerosas conversiones espirituales y curaciones de enfermedades incurables.

Seríamos muy ingratos si no agradeciéramos a la Virgen Inmaculada de Lourdes tantas curaciones obtenidas por su intercesión. ¡Han sido innumerables durante este siglo!

Imitando a Jesús, su Hijo, María se compadece de todos los que se le acercan doloridos y cura a muchos de ellos. Es allí, en ese Santuario, en esa Gruta a orillas del río Gave, donde María distribuye gracias de curaciones sin cuento. Desde la primera, María Latapie, hasta la actualidad, en que siguen produciéndose. Los milagros, curaciones y conversiones han sido tan numerosas que el papa

Juan Pablo II, proclamó al día 11 de febrero, festividad de la Virgen de Lourdes, día del enfermo.

También son numerosas las conversiones, más importantes que las curaciones, pues aquellas nos ganan la eternidad y éstas sólo un poco de bienestar temporal. Como botón de muestra, el monumento donado al Santuario por una señora italiana ciega, en el que se lee: “Recuperar la fe es mucho más que recuperar la vista”.

TESTIMONIO

Entre las curaciones de Lourdes oficialmente declaradas milagrosas por la Iglesia, está la de Juliette Tamburini, reconocida en 1965. Juliette Tamburini, fue curada súbitamente el 17 de julio de 1959, a los 23 años. Reproducimos parte de una entrevista mantenida con ella.

—Cuéntenos lo que pasó.

—Desde que tenía 3 años estaba enferma. Tenía una osteomielitis con estafilococos dorados. El hueso de la pierna izquierda estaba roído, lleno de pus. Sufría un martirio. Vine a Lourdes en 1959 sin pedir mi curación. Tenía una llaga abierta en la

pierna. Acepté que la enfermera me inyectara agua de Lourdes en la fistula. Las curas siguientes ya no estaban infectadas. Me bañé en las piscinas. Cuando volví a Marsella, ya no tenía nada. Fui al hospital, pues estaba previsto amputarme la pierna al regreso. Los doctores constataron la curación. Las radiografías mostraron que el hueso estaba reconstituido. No puedo decir cuándo pasó esto: en la piscina, en el tren... Lo ignoro totalmente. Esto dura ya 40 años y continúo viviendo feliz.

—¿Cómo vivía su fe durante esos años de sufrimiento?

—Siempre he creído y practicado. Eso me ha mantenido, si no, creo que no hubiera podido resistir. Yo rezaba todas las mañanas, era mi consuelo. La oración es lo más hermoso que hay en la Tierra.

—¿Cómo reaccionaron sus padres?

—Mis padres eran ateos. Creo que la Santísima Virgen favoreció mi curación para mostrar a todos que hay otro mundo donde viviremos resucitados con Cristo.

—Su madre ¿se convirtió al ver su curación?

—Sí. Después no se le podía decir que la Virgen no existía. Se enfadaba. El que va a Lourdes siempre se trae algo, pues es ya una gracia grande poder venir aquí. No hay que pensar que allí sólo se dan las curaciones del cuerpo, también están las del alma. Mi madre y mis parientes han comprendido esto poco a poco y doy gracias a Dios.